

NUESTRA CONVIVENCIA NECESITA DE BUENOS LUBRIFICANTES

JOSE M. BUSCA ISUSI



En pueblos como en Rentería, donde las industrias son abundantes, hasta los chiquillos saben que para que una máquina marche bien es preciso el empleo de lubricantes o lubricantes. Esto es, de productos que sirven para lubricar o hacer suave y resbaladiza una cosa.

Existe una acción física llamada rozamiento, la cual se opone al deslizamiento de un cuerpo sobre otro. El rozamiento tiene sus ventajas—sin él no podríamos andar sobre el suelo— y sus inconvenientes, ya que el combatirlo cuesta muchos millones a los humanos. No hay más que ver los dineros que gastan los automovilistas en aceites, o sea, en lubricantes.

Una máquina, por perfecta que sea y pese a todo el cuidado que se haya puesto en su confección, tiene ro-

zamiento entre sus piezas y es preciso emplear lubricantes para aminorarlo.

El uso de lubricantes viene de antiguo. Los viejos caseros vascos engrasaban con sebo los ejes móviles de sus *gurdis*. La expresión castellana «dar manteca» es una clara expresión del tipo lubricante, y todos sabemos que en su moderna acepción «dar manteca» es dar dinero y que este es uno de los mejores lubricantes o aminoradores del rozamiento que se conocen.

Todo este largo preámbulo viene a cuento para dar la sensación al lector de que si hasta las más perfectas máquinas necesitan de lubricantes, también tendrá la misma necesidad otra acción humana, cual es la convivencia social.

Desde que los transportes alcanzaron su gigantesca marcha actual, la convivencia entre diversas comunidades humanas se ha intensificado en grado y número.

La historia nos dice que, por lo general, cuando dos comunidades humanas se pusieron en contacto, surgieron guerras o conflictos. Todas las invasiones históricas no han sido más que consecuencia de esto.

Hubo pueblos, cual el japonés, que no tuvieron invasiones de otros pueblos durante centurias y sólo pudieron tener conflictos entre ellos. Los conflictos con otros pueblos no surgieron hasta que llegó el almirante Perry y les obligó a abrir los puertos a los blancos. Si los japoneses hubiesen tenido espíritu de convivencia, no les hubiese pasado lo que les ha pasado. Empezaron en Pearl Harbour y, claro, después vino lo de Hiroshima y Nagasaki. La lección es clara: no haber empezado y, si se empezó, luego no gritar.

Hoy mismo estamos viendo múltiples ejemplos de buena y de mala convivencia. Entre los primeros tenemos a los pueblos de las islas británicas. Ellos mismos reconocen varias nacionalidades, pero están tan bien conjuntadas que, salvo en el caso irlandés, los de fuera no sabemos distinguir un escocés de un galés o de un puro anglo, aunque pueden ser tan diferentes entre sí como un holandés de un belga.

Ejemplo de mala convivencia la tenemos por otro lado en Norteamérica, con sus sangrientas luchas raciales. Problemas que pueblos mucho más primitivos, cual muchos sudamericanos, los han resuelto, no los han sabido resolver los supercivilizados yanquis.

Hablando de esto no hace mucho tiempo con un americano culto y católico, me decía: «También ustedes tienen discriminaciones, sí. Vamos a ver: ¿le gustaría que su hija se casase con un gitano?» Y me soltó unos cuantos ejemplos que me dieron a entender que también nosotros, casi sin saberlo, hacemos discriminaciones raciales.

Hoy los fantásticos medios de comunicación están haciendo que tengamos que convivir con pueblos con los que apenas hemos tenido contacto por siglos. Podemos citar en primer lugar a los vascos que se van al extranjero. El vasco, por lo general, es un buen inmigrante para el pueblo donde se asienta. Va a trabajar y a hacer dinero y la política le importa un bledo.

El tremendo desarrollo de la industria está trayendo a nuestros lares gentes de otras zonas, de entre las que en seguida hacemos distinciones, si son castellanos, gallegos, extremeños o andaluces.

Son pueblos que se superponen como las piezas de las máquinas, de lo que, como decimos al principio, surge

el roce. Para evitar que éste sea grande, tenemos que aplicar lubricantes.

El lubricante de la convivencia es la cortesía, e incluso el llegar a ceder algún derecho de cada parte, sin que sea necesario, claro está, el que una comunidad se deje pisar por la otra.

En realidad, indígenas e inmigrantes somos católicos, y la mejor lubricación la tendríamos en la aplicación de las consignas de Jesús; pero esto, lo estamos viendo, es mucho pedir, incluso para quienes presumimos de católicos finos.

La tendencia mundial es actualmente a la unificación. Lo estamos viendo con Europa: en los trajes, en las canciones, en las comidas, en el lenguaje, etc. Hay que tener mucha fuerza para nadar contra corriente tan fuerte. Debemos considerar que los hechos son tal cual es su naturaleza, y no como nosotros deseamos.

El hombre es, por esencia, un animal social. Cuando pierde esta sociabilidad y espíritu de convivencia, surgen las guerras, las que a las actuales generaciones les parecen mucho más horribles que a las que les precedieron.

El «perdóneme», «pardon», «excuse me», «dispense», pueden parecer fórmulas sin trascendencia, pero no cabe duda de que tienen un valor humano y contribuyen a lubricar nuestra vida social. Lo mismo que contribuye el respeto que mantengamos hacia las costumbres de los demás.

Nuestra zona, es obvio, es clara zona de roce de varios pueblos, y si hay roce, hay que emplear lubricantes. Como hemos dicho, éstos son la cortesía, los buenos modos, el respeto por las opiniones de los demás, de sus usos y costumbres y, en fin, unas cuantas cosas que, por lo general, no solemos acostumbrar a hacer.

Y como muchos maestros, terminaremos poniendo un ejemplo al terminar la lección.

Para mí, el piropeo siempre ha sido, además de una muestra de incapacidad sexual, una grosería. Me molestaba, incluso, oírlos en la zona del Lavapiés madrileño. Excuso decirles a ustedes lo que me pasa cuando lo oigo en una calle nuestra, donde afortunadamente jamás se oyeron.

Por el otro lado, sé que podrán hacernos observaciones parecidas.

Que cada uno limemos nuestras aristas puede ser contribución decisiva para una buena convivencia entre las diversas comunidades. El esforzarnos en esta acción sería, sin duda, el mejor lubricante para nuestra convivencia.